

Jonathan Escoffery

SI OS SOBREVIVO

Traducido del inglés por Julia Osuna Aguilar

Título original: *If I Survive You*

Diseño de colección: Estudio de Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagieren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © 2022 by Jonathan Escoffery

© de la traducción: Julia Osuna Aguilar, 2023

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.) Madrid, 2023

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-1148-419-0

Depósito legal: M. 23.855-2023

Printed in Spain

Para mamá, papá y Jason

En cambio

Empieza con el «¿Tú qué eres?» gritado desde la frontera del jardín delantero cuando tienes nueve años, o seguramente menos. Te lo volverán a preguntar en el colegio y el instituto, todos los cursos, y más tarde en el mundo real, en bares de estriptis, en cafeterías de centros comerciales, por teléfono y en distintos puestos de trabajo precarios. Quienes preguntan se quedan expectantes. Exigen una gratificación inmediata. La pregunta te eleva ligeramente de tus pies preadolescentes y te deja descolocado, no solo porque no la entiendes, sino porque, aunque la entendieras, seguirías sin tener respuesta.

Puede que empiece con un «¿En qué idioma está hablando tu madre?». Esa podría ser la génesis, no porque surja primero, sino porque al menos en esa ocasión cuentas con un poco de contexto para la pregunta cuando esta llega.

Es una pregunta que te molesta desde el primer momento.

«¿Por qué habla tan raro tu madre?», insiste tu vecino.

Tu madre te llama desde el porche; te lleva llamando desde esa atalaya sobre el jardín en pendiente desde que te dejan salir a jugar con los niños del barrio. Esto ha sido siempre lo que señala el fin del juego, solo que ahora la vergüenza se ha aferrado como una lapa al ritual.

Quizá tuvieras la esperanza de que no se dieran cuenta nunca. Puede que ni tú mismo te hubieras fijado. Quizá preguntes en una protesta huera: «¿Cómo que en qué idioma?». Tal vez solo lo pienses para tus adentros. Al final, mascullas entre dientes: «Inglés. Está hablando inglés», antes de entrar, con la cabeza gacha por el bochorno.

Ese momento es la primera vez que te avergüenzas de tu madre, y te avergüenzas de ti mismo por no defenderla. Pero, más que la cobardía o la deslealtad, lo vergonzoso es ser extranjero. Si algo has aprendido en tu corta estancia en la tierra es eso.

Estamos en Estados Unidos y es la década de los ochenta y, en el colegio, en clase, juras ante una única bandera verdadera, la de estrellas y barras. El himno de la mañana es *El mejor país del mundo*. Es la programación de aula, un mantra taladrado día sí día también —un hecho tan irrefutable como que dos más dos igual a cuatro—, y lo que empiezas a escuchar, mientras lo repites para tus adentros, es lo que implica: que las demás naciones, aunque estas rara vez se mencionen en el colegio, son inferiores.

Te lo crees.

Es una lección que no cuesta interiorizar, salvo porque tu hermano Delano, tus padres y prácticamente todos tus parientes vivos son jamaicanos. Cuando una amiguita de Kingston, casi una prima, se muda a Miami, justo al pueblo donde tú vives, Cutler Ridge, e irrumpe en tu clase de tercero negándose a jurar lealtad a tu bandera, te cuidas de poner distancia. Para tus adentros das las gracias de que no os apellidéis igual.

Si la primera vez que te la hicieron hubieras tenido algún contexto para la pregunta del tú qué eres, tal vez habrías respondido: «Americano».

Naciste en Estados Unidos y así consta en tus papeles. Te sientes orgulloso de ello, de esa condición inalienable. Cantas

a viva voz el *God bless the U.S.A.* de Lee Greenwood los Cuatro de Julio, y le pones incluso más tesón después de pasar dos semanas en la isla donde nacieron tus padres durante el verano de noveno. Te parecen mal todos los aspectos de la vida de la isla, hasta la ausencia generalizada de aire acondicionado central. Prefieres las hamburguesas y los perritos a cualquier cosa adobada con jerk o al curri.

De vuelta en casa, tus padres te acusan de hablar, e incluso de comportarte, «como un auténtico yanqui». Pero, si con *yanqui* quieren decir *americano*, que así sea. «Es que yo hablo inglés», replicas.

El patois de tus padres y lo que muchos consideran un acento indescifrable sigue pasando por normal, casi desapercibido, a tus oídos, salvo porque cada vez va más de la mano de lo punitivo. Por ejemplo, cuando tu madre dice:

—Ah, bien que lo espileas todo por el suelo, pero lo dejas derti derti.

Y tu hermano dice:

—Yo no lo hice, momí.

Y tú dices:

—Yo no he sido, mamá.

—¿Quién ha sido den? Habrá sido el duppy.

El duppy va a convertirse en el chivo expiatorio de toda actividad inexplicable que se produzca dentro o fuera de la casa. Fue el duppy quien rompió el jarrón de tu madre y luego intentó pegarlo. El duppy escondió las notas de tu hermano bajo el colchón de su cuarto. El duppy poseía a tu padre y arrastraba su cuerpo hasta los bares después del trabajo y no lo devolvía a casa hasta por la mañana.

Un duppy, un espíritu o incluso un hombre adulto son difíciles de disciplinar, de ahí que los castigos os los llevarais solo tu hermano y tú.

En el colegio, cuando se anuncia el proyecto de Geografía Mundial y tienes que escoger de entre una lista de países para hacer una presentación, te decides por Mongolia. Hasta que otro alumno elige Jamaica no te planteas que esa isla diminuta sea una opción válida.

Parte de tu proyecto pasa por preparar un plato típico del país que has escogido. Estás en cuarto. Son las madres las que cocinan. Cuando se encuentran el día de la presentación, con ojeras por haber forcejeado con recetas extranjeras hasta bien entrada la noche, se saludan imperceptiblemente con la cabeza, demasiado agotadas para formalidades.

Cuando tu compañera de clase empieza su presentación sobre Jamaica, tu madre aspira con fuerza por las paletas —un gesto muy jamaicano con un sonido que se parece a despegar un velcro de los fuertes—, lo que atrae las miradas de otros progenitores presentes. «Podía haber traído sobras —te susurra al oído—, si hubieras elegido nuestro cauntri.»

El día de los oficios, tu padre se planta delante de la clase y se presenta como «contratista general». El alfabeto de letras de molde tendido por el borde superior de la pizarra forma un arco por lo alto de su ensortijado pelo negro. Bajo el arco, tu padre saca con la punta del pulgar un palmo de la cinta métrica y luego la suelta, lo que provoca que vuelva de golpe a la carcasa. El silbido penetrante que emite la rauda violencia del metro al retraerse concita el asombro unánime de tus compañeros de clase. Repite varias veces esta acción antes de dignarse a hablar. Tus compañeros contienen la respiración, expectantes.

Cuando explica que «cuando uno tiene que fixear el wecé, soy yo el que compra el pláster, el pevecé, guaréver, y soy yo el que te busca a un man para que te deje la jaus biútiful biú-

tiful», una ristra de risitas se eleva desde la última fila de la clase.

Tu maestra manda callar a los alumnos, pero, conforme tu padre sigue su discurso, la mujer arruga el gesto, su cabeza moviéndose al ritmo del patois. Tú te concentras en el color que va asomándole en las mejillas, con la gama de tonos como guía para determinar la magnitud del desastre. Si se queda en un rosa claro —un sonrojo superficial, un pétalo de rosa, una zapatilla de ballet—, sabrás que es una degradación pasajera, que se olvidará en las semanas venideras. Pero, cuando la piel se le ilumina y destella más allá del color granadina, rozando el violeta, lo calificas como catastrófico.

Ahora te planteas por qué no le insististe a tu madre para que fuera ella en lugar de tu padre. Sabe planchar mejor las palabras para oídos estadounidenses porque lo hace a diario en el trabajo.

Unos días antes, le pediste detalles sobre su puesto de administrativa. Desde el borde de tu cama, tu madre te contó que trabaja en la oficina de una empresa que fleta motores de avión por medio mundo. El dobladillo del camisón le brilló cuando atravesó el cuarto para coger el globo terráqueo de encima de la librería.

—¿Lo ves? Jíar, y jíar y jíar. —Se arrodilló al lado de la cama y señaló Alemania, luego Brasil y luego la cadena del archipiélago hawaiano, diciendo en tono cantarín—: Damos la vuelta al muuundo. —Movié sus alargados dedos índice y corazón por los océanos y los continentes verde intenso antes de levantarlos para darte un toquecito en la nariz.

—¿Damos? —le preguntaste—. Pero a ti no te llevan a esos sitios, ¿no?

Tu madre parpadeó dos veces y luego devolvió el globo al estante.

—Algún día —dijo—. Meibi algún día cuando seáis ya grandes. Mejor dile a tu dadi que vaya él a la escol. Él les parecerá más emocionante.

En la asignatura de Historia de quinto, aprendes más cosas sobre la fundación de Estados Unidos. Aprendes sobre el tema que se denomina simplemente *esclavitud*. Es una lección abreviada y bastante rebajada, como su propio título. Se resume así: «Unas personas en su mayoría buenas cometieron un gran error». O así: «Eso fue hace mucho, muchísimo tiempo». O bien: «El bueno y honrado de Lincoln, Harriet Tubman y el reverendo Martin arreglaron todo ese desaguisado de mal gusto». O: «Ahora ya no vemos razas».

Un aire de incomodidad compartida se cuela en el aula durante esta lección; los alumnos están de acuerdo con que fue un acontecimiento espantoso. Eres ligeramente consciente de que, en teoría, algunos de tus compañeros de clase descienden de los autores de dicha atrocidad, mientras que otros descienden de sus víctimas. No eres del todo consciente de que muchos descienden de ambos. ¿Deberías sentirte ofendido por este país al que tanto quieres?

No es la primera vez que te hablan del comercio transatlántico de esclavos, puesto que tu padre nunca deja pasar cualquier oportunidad para denigrar tu patria. En su exaltada exegesis de la lección, aprendes que «por eso los negros de aquí actúan así; son unos monkis ignorantes. Hace dos segundos que son libres ¿y ahora tienen que comportarse civilizadamente? Boy, escúchame, los blancos son bad, eso se sabe». En el momento cumbre de su clase magistral, añadirá que la esclavitud terminó en Jamaica *cientos de años* antes de que acabara en Estados Unidos, una afirmación que con el tiempo sabrás que está descalabrada en unos cientos de años.

Tiene una palabra, jamaicana, para los negros de ambos países a los que considera deshonrosos: *butu*. Siempre que haces algo que lo avergüenza, te dice: «Santaims te comportas como un auténtico butu».

«¿Yo qué soy?», le has repetido a tu madre ya en varias ocasiones. Te lo han preguntado ya tantas veces distintos desconocidos que es hora de empezar a buscar respuestas.

La reacción de tu madre parece ensayada, aunque no está tan claramente definida como exigiría tu pregunta. Te dice que estás hecho de *toda clase de cosas*. Enumera países, varios, y va asignando tataracual y tataratal a esas muchas naciones. Rara vez pone nombres a esos antepasados, de modo que se te mezclan con facilidad.

—Nuestro apellido viene de Italia, a través de Inglaterra.

La mayoría de los países que enumera son de Europa y, si bien se asegura de añadir África —como si fuera un país o se le hubiera ocurrido en el último momento—, nunca habla de razas.

Tú quieres un monosílabo por respuesta.

—Pero ¿yo soy negro? —le preguntas.

Al fin y al cabo, es eso lo que quieres saber. La raza ha descendido sobre tu mundo en una caída repentina y chirriante, y lo que más temes es que los demás reconozcan en ti algo que tú todavía ni entiendes.

Cuando eran solo los niños los que preguntaban, dabas por hecho que su limitada experiencia en este mundo los situaba en el mismo estado de ignorancia que a ti. Pero ahora son los adultos quienes están empezando a buscar respuestas. Algunos maestros se limitan a mirarte boquiabiertos, mientras que otros te preguntan cómo es que *hablas tan bien*.

Al principio respondes «Es que yo soy de aquí», convencido de que aluden a la diferencia de tu acento con el de tus

padres. Esa respuesta no hace sino confundir aún más a tus maestros. Con el tiempo, sobre todo cuando te lo preguntan quienes no conocen a tus padres, te das cuenta de que se refieren a algo totalmente distinto.

—¿Somos negros? —le preguntas a tu madre.

La agitación se apodera de ella. Un escalofrío le recorre la carne reluciente y pecosa y le sacude todos los huesos mientras se apresura a terminar la genealogía familiar, hasta los detalles más delicados.

—La madre del padre de tu padre era judía. La madre de tu abuela era irlandesa. El padre de tu abuela... —va diciendo, y baja entonces la voz hasta un susurro cuando añade—: puede que fuera árabe.

La miras con cara de no entender nada y le haces ver:

—No has respondido a mi pregunta.

La agitación de tu madre se inflama de ira.

—Chuh. Antes de venir a este país nunca me habían preguntado semejante nonsens. Si alguien te pregunta, le dices que eres ei lítel de aquí, ei lítel de allá.

Comprendes que su respuesta es tajante. Una vez más ha rehuido el monosílabo, cuando tú soñabas con un simple sí o un no.

Para los pocos chicos decididamente negros del colegio resultas confuso. Son de los primeros que te insisten para que te posiciones.

—¿Tú eres negro o no? —exigen saber.

Eres más bien de un marrón muy claro, en el supuesto de que el color de piel tenga algo que ver con la raza. Tus padres son de la misma tonalidad. Al igual que los suyos. Los de estos, tus tatarabuelos, ocupan los álbumes familiares con fotos en blanco y negro y tonos sepias que velan el color de la piel. Algunos tienen pinta de poder salir como estrellas invitadas en *Los Jefferson*, mientras que otros serían más fáciles de en-

cajar en el reparto de *Todo en familia*. Más allá de tu casa, tus mejores amigos del colegio, José y Luis, son los que tienen la piel más parecida a la tuya. Pero, cuando ellos pasan del inglés al español y viceversa tan tranquilamente, te sientes excluido. Y, cuando mueven el pelo adelante y atrás como si se dieran de cabezazos mientras cantáis vuestras canciones de rock favoritas, compruebas con dolor que el tuyo no es ni lo suficientemente largo ni liso para menearse al son.

Por lo demás, tu vecina Julie te informa de que —tras media década de amistad— no le dejan seguir jugando contigo.

—Es que tu familia no cree en Dios.

—Claro que creemos en Dios —sabes que debes responder.

Pero ella se limita a encogerse de hombros y dice:

—Papá dice que los jamaicanos no creen.

Un día tu madre os dice a tu hermano y a ti:

—No me vayáis a traer girlsitas de pelo nappy.

En defensa de tu madre, o quizá para dejarla en peor lugar, la lista de chicas no llevables a casa se alargará hasta el punto de que llegarás a dudar de que quiera en realidad que llesves a alguna. «No me vengáis con culies», empezará a advertiros en la escuela intermedia. Después de ver a tu cita del baile, panameña y color café solo, se encierra en su cuarto. Tu madre no se dignará a dirigirle la palabra. Y, cuando termines el instituto, te dirá: «Plis, lo que sea menos una blanquita. Prométemelo».

Pero estás todavía en quinto y esa primera advertencia te confunde. ¿Qué quiere decir tu madre con «nappy»? Estudios el de ella —fino como las hebras de cuerda de guitarra que tienen por pelo José y Luis— y luego examinas los rizos de algodón de azúcar de tu propia cabeza. Te cuestionas lo

nappy o no nappy de tu pelo. Te preguntas quién no te puede llevar a ti a su casa.

El duppy regresa, más pícaro que nunca. Esconde a tu padre en un bar, en una bacanal, en una dimensión donde tu madre no puede alcanzarlo. Antes de que vuelva a materializarse, embadurnado en pintura del J'ouvert, tu madre denuncia su desaparición a la policía. Cuando habla por teléfono, tu hermano y tú estáis lo suficientemente pegados a ella para oír desde el otro lado de la línea:

—Señora, no entiendo ni una palabra de lo que dice. ¿Hay alguien por ahí que hable mi idioma?

Ella te pasa el auricular antes de estallar en sollozos. El hombre te pide que describas a tu padre.

—Mide metro ochenta y cinco —le dices—. Muy delgado.

—¿Negro o blanco?

Miras a tu hermano de reojo.

—No blanco —dices.

—Negro entonces.

—Marrón —dice tu hermano.

—¿Tu padre desaparece a menudo?

—¿Cuánto es *a menudo*?

La voz incorpórea te dice:

—Alguna vez.

—Ah, entonces bastante a menudo.

El día que en teoría deberías empezar sexto, un huracán llamado Andrew le arranca el techo a vuestra casa como si fuera la tapa de un bote de sopa Campbell y vierte una porción del Atlántico en tu cuarto, el salón, por todas partes, lo que empapa la moqueta, el pladur y el aglomerado con la corro-

sión de la sal marina. Exhuma la fibra de vidrio color riñón de las paredes y del techo y desparrama las entrañas de la casa por el jardín. La tormenta hace escombros la casa de los vecinos y aparca un remolcador al fondo de la calle.

Tras el Andrew, tu familia huye de Miami-Dade y se va al condado de Broward, donde se ha reubicado temporalmente la empresa de tu madre.

En tu nuevo colegio vuelves a congeniar con los chicos marrones. Estos, aprendes ahora, son los puertorriqueños. Uno, Osvaldo, te convierte en su protegido. Te sientas con su grupito en el comedor y cuando, de tanto en tanto, se ponen a hablar en español, tú te quedas mirando la bandeja, los compartimentos de guisantes verdes y de zanahorias en cubitos naranjas. Si te quedas muy quieto, nadie se fija en ti en esos momentos, te vuelves invisible. Si nadie puede verte, nadie se dará cuenta de que *tú no entiendes*, de que en realidad no encajas con ellos. Osvaldo parece ser consciente de que no hablas el idioma, pero se muestra benévolo con este defecto y deriva la conversación de vuelta al inglés.

Puede que sea porque últimamente te ha dado por afeitarte la cabeza, quitarte los espesos rizos que de lo contrario podrían encasillarte como distinto; o quizá te parezcas bastante a esos chicos pese a tener un punto más africano corriéndote por las venas; o a lo mejor han dado por hecho que te haces cargo de que, en ese colegio y a esa edad, la gente se junta «con sus iguales». Sea como sea, llegas a la conclusión, más tarde que temprano, de que esos chicos se creen que también tú eres puertorriqueño.

Hacen chistes sobre blancos: «Los blancos huelen como los *cocker spaniels*. Aunque solo cuando están húmedos».

Hacen chistes sobre negros: «¿Por qué huelen tan mal los negros? Para que los ciegos también puedan odiarlos».